

en todo la voluntad de Dios, sometiéndonos á lo que quiera y disponga de nosotros. Decimos fácilmente: *hágase la voluntad de Dios*; mas apenas nos sobreviene una contradicción, ó nos sorprende una enfermedad, ó los hombres nos suscitan persecuciones, demostramos que estamos muy apegados á nuestra voluntad, pues no llevamos con resignación los trabajos que Dios nos envía. Y, sin embargo, llamamos á Dios Padre nuestro, y nos gloriamos en ser sus hijos; pero en vano pretendemos ser hijos de Dios si no imitamos á Jesucristo en la obediencia y conformidad con la voluntad divina cuando suceden las cosas contra nuestros deseos.

Bien veo ¡oh Dios mio! que hasta hoy he hecho más mi voluntad que la vuestra, aún en aquellas cosas que pertenecían á prácticas de piedad, pues seguía en ellas mi gusto, mi genio é inclinación; quizás también se ha insinuado en mí el deseo de parecer bueno á los demás, ocultándose el orgullo entre las buenas obras que hacía. ¡Señor! Me humillo hasta el polvo, pidiéndoos perdón y gracia para hacer en todo vuestra santísima voluntad; y puesto que os dignais que yo os llame Padre, inspiradme aquel santo temor que, unido al amor filial, es el distintivo de los justos. Vos sois infinitamente acreedor á ser llamado mi Padre, y aunque yo no merezco ser vuestro hijo, espero que os dignareis recibirme entre vuestros siervos, y que me dareis las gracias necesarias para observar vuestros mandamientos, buscando en todas mis obras vuestra gloria y mi salvación eterna.

EJERCICIO DEVOTO

PARA

CONSIDERAR LO QUE PADECIÓ NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

EN LA CÁRCEL

LA NOCHE DE SU PASIÓN SANTÍSIMA.

Venit ad me Hanameel ad vestibulum carceris.

Vino á visitarme Hanameel en el vestibulo de la cárcel.

(JEREMÍAS, cap. xxxii, vers. 8.)

I.

Cuando la idolatría, apoderándose de los espíritus del pueblo hebreo, había sentado su imperio en el templo de Dios y en el trono de Judá, se levantó un hombre, oriundo de la tribu sacerdotal, quien, con la intrepidez que caracterizaba á los Profetas del Señor, empezó á alzar su voz contra la irreligiosidad de los grandes y la inmoralidad y apostasía del pueblo: este hombre era Jeremías.

Jeremías, amados míos, no es el Profeta de solas las lágrimas y lamentaciones; es el gran vate que Dios envió en la época de los reinados más impíos que hubo en la Judea, como fueron los de Joaquin y Sedecías. Cuál fuese su principal misión, no lo hemos de ver en las aspiraciones lacrimosas que exhala sobre la arruinada Sion, sino en el principio de su profecía á Jerusalén y Judá. Dios se lo manifiesta, y le dice estas palabras: «Antes que fueses formado en el vientre materno, yo te conocí, y antes que vieses la luz, te santifiqué y te destiné á ser el Profeta de las naciones; no temas: te he dado imperio

sobre naciones y reinos para que arranques, y destruyas, y edifiques, y plantes.» Por este razonamiento comprenderemos lo que Dios queria de su siervo; le inspiraba sus palabras y su fuerza para que con unas y con otra se opusiese al torrente devastador de la idolatría y del crimen que habia extendido su negra capa en la tierra; le infundia su elocuencia para anunciar los derechos de la divinidad, ultrajados con la adoracion de los ídolos, y su fuerza para presentarse á Reyes, ejército y pueblo, sin temor á su falsa política, á sus armas ó á su furor.

Jeremías llenó completamente los designios del cielo; Dios vió en él un Profeta heróico, manso, paciente, y al mismo tiempo intrépido y valeroso para resistir á la maldad. ¡Ah! Quizá en este momento alguno estará pensando que las escenas del Testamento Antiguo no tienen relacion directa con la augusta reunion que tiene lugar en este recinto; porque hoy no hay Sedecías ni Joaquines impíos que lleven la abominacion al Santuario, ni tampoco se encuentran Jeremías ni Profetas que tengan que echar en cara su impiedad á los mandatarios. Pero no adelantéis vuestro discurso; Jeremías, no sólo era un Sacerdote y un Profeta, era un tipo animado, cuyas acciones y vida delineaban las de un sagrado personaje que en tiempos venideros apareceria santificado en su naturaleza y persona, en sus virtudes y palabras; de un personaje que con energía y firmeza se opondria á las profanaciones del templo é infracciones de la ley; de un personaje que con mansedumbre de corazon llamaria á los hombres; de un personaje, por fin, que con paciencia y humildad sufriria una muerte afrentosa.

La predicacion continua de la verdad, la oposicion incesante á los excesos de la idolatría, excitó en los ánimos una furiosa envidia contra este santo Profeta; se conjuraron contra él los hombres inícuos, se apoderaron de su persona, y lo arrojaron en una cárcel inmundada. Hé aquí

un tipo bien manifiesto del Salvador; en su antiguo Profeta tenemos la figura; en Jesus encontramos la realidad. Por espacio de tres años no hizo más que morigerar las costumbres del pueblo hebreo; salieron de sus lábios elocuentes pero suaves palabras, que tanto tenian de amorosas como de eficaces; mas, á diferencia de los antiguos Profetas, no sólo reprendia los escándalos públicos contra la ley y el templo, sino tambien leia los más abstrusos pensamientos de aquellos hombres principales en la Judea que hacian profesion de vida austera y santa, encubriendo sus vicios con el manto de la hipocresía: Jesus, pues, excitó contra su persona el furor de los escribas y fariseos, se hicieron éstos dueños del personaje que los reprendia, y cargándolo de cadenas, lo arrojaron en dura prision.

He descubierto aquí la más completa analogía entre el Mesías paciente y uno de sus Profetas, que lo anunció en sus palabras y lo figuró en sus obras. Antes de continuar la explanacion de la historia y de considerar las penas del ilustre encarcelado, postrémonos ante sus divinas plantas, adorándolas con sumision y reverencia, y haciendo un acto de dolor.

II.

Vuelvo al profeta Jeremías; más feliz fué, amados míos, la figura que la realidad; el Profeta perseguido por sus enemigos oyó en su lóbrega prision algunas palabras de consuelo: colocado tras de ferradas barras, se le permitió oír los ecos de una voz amiga que, exhalándose en lágrimas, enjugó las del prisionero, mezclándolas con las suyas: era este hombre caritativo Hanameel, pariente del mismo Profeta. Oid el diálogo de estos dos amigos; el uno se halla aherrojado con fuertes grillos y tendido en pesado cepo; el otro apenas puede aplicar su rostro al ves-

tíbulo de la cárcel. «¡Ah! le diría éste; ¡cómo se me parte el corazón al verte encadenado como si fueras un criminal! —No me tengas lástima, le respondería el Profeta; estoy arrastrando los hierros por la esperanza de Israel; veo los males que han de sobrevenir al templo, al altar, á la ciudad y á mis hermanos que están urdiendo la trama de sus maldades, y estas cadenas serían bien ligeras para mí, si pudiese con mi suplicio inmerecido detener la cólera de nuestro Dios justamente irritado por nuestros pecados.—Dios se acordará de tí, y obrando alguno de sus portentos, traerá á esta lóbrega morada los consuelos que proporciona al justo perseguido por los pecadores; acuérdate de nuestros padres; ten presente que el antiguo José salió de la mazmorra para ser puesto en la cumbre del honor y salvar con su próspera sabiduría los restos de Israel. El Señor te tendrá salvo entre las prisiones, y te ayudará; entre tanto yo soy tu hermano, y sin temor á los soldados que te custodian, me llegaré á este lugar de horror para consolarte.—¡Ah! Me sustento con el pan de la tribulación, y bebo las aguas de la amargura; mas esta tribulación se me hace suave y llevadera, ora porque la ocasione el celo de la gloria de nuestro Dios, ora porque en tus palabras encuentro una ráfaga de luz que me ilumina entre las tinieblas del calabozo, y un bálsamo que cura mis heridas. Gracias, pues, mi amado Hanameel.» No quiero continuar refiriendo lo que acaeció al gran Profeta que anunciaba el primer excidio de Jerusalem; sólo diré de él que en medio de aquella ciudad, rebelde á la voz de Dios, encontró almas generosas que lo visitaron en su prisión, y hacían resonar sus oídos palabras de consuelo: *Venit ad me Hanameel ad vestibulum carceris*. Ya es tiempo de hablar del Señor, ya que hemos tratado de su siervo. Jesus está encarcelado; una fuerte cadena, rodeando su cuello de alabastro, viene á ceñir su cintura y entrelazar sus manos; otra tiene aherrojados sus pies con fierá in-

humanidad; ésta lo ata á un peñasco vivo, aquélla á un muro subterráneo. ¿Cómo ha venido Jesus á tal desventura? ¿Cómo se halla en la cárcel? ¿Viene algún amigo cariñoso á darle palabras de consuelo? Hé aquí la gran diferencia que existe entre la sombra y la luz; el Profeta tiene amigos que lo consuelen en la cárcel; Jesus se encuentra entregado á sí mismo, rodeado de tinieblas, y sin percibir más eco que el de la maledicencia y el sarcasmo.

Cristianos, vamos á acercarnos en espíritu á la prisión del Salvador: Él es nuestro gran Profeta, nuestro hermano y nuestro Dios; la cárcel es tenebrosa y oscura; iluminémosla nosotros con la antorcha de la fé, cuyo emblema son esas luces que arden ante las sagradas aras; seamos para con Él tan caritativos como fué Hanameel para con su deudo Jeremías cuando se hallaba éste encarcelado.

PARA LA PRIMERA SETENA DE LA CORONA DE DESAGRAVIOS.

Una noche tenebrosa cubría la faz de la tierra; después de haber cumplido con la ley y cenado el cordero pascual, salió un grupo de hombres de la ciudad de Jerusalem, y atravesando el torrente Cedron, llegó á un paraje solitario y se dividió en dos porciones: cuatro componían la una, ocho la otra; tres horas después siguió el mismo rumbo otra turba más considerable, capitaneada por los hombres más notables de la misma ciudad, y compuesta de ministros de justicia, de soldados, de populacho y de un traidor; era Judas con los pontífices y fariseos; las huellas de los primeros descubren su morada á los segundos; á poco se percibe á lo lejos un resplandor nocturno, va acercándose, y se divisan mutuamente los dos trozos de gente, armado el uno, inerme el otro; las linternas, las antorchas y teas encendidas convierten á

Getsemaní en un día claro; el que mandaba á los once hombres que estacionaban en el Olivete, se adelanta, pregunta á los que venian cuál era el objeto de tanto aparato, le contestan que buscan para prenderlo al mismo que les hablaba, á quien no conocieron en aquel momento. Les da su permiso, mandándoles que no toquen á ninguno de sus discípulos; se arrojan sobre él, le amarran con fuertes cadenas, lo atropellan, lo arrastran y lo conducen á presencia del sumo sacerdote, que se hallaba en expectativa del resultado de la excursion armada.

Este hombre, sobre quien caen á un tiempo la justicia pública, el sacerdocio del templo y los sábios de la sinagoga, habia vivido como personaje público en la Palestina más de tres años; estaba instruido en la ley de Moisés y en las lecciones de los Profetas más que todos los sábios, y nunca habia frecuentado las escuelas ni entrado en los liceos. Se presentaban ante Él los cojos y tullidos, los calenturientos y estropeados, y los curaba con su voz y su simple tacto; venian á Él los endemoniados y obsesos, y huian los espíritus infernales, diciendo de Él cosas extraordinarias; se abocaban con Él los literatos para tentarlo, y contestaba á sus razones, y leía sus pensamientos; si salia á las calles y plazas, los pueblos obstruian el paso por verlo y oirlo hablar; si caminaba al desierto, su séquito más parecia un ejército que una simple comitiva. Al fin hizo tantos portentos, recibió tantos aplausos, convirtió tantas gentes, tuvo tantos prosélitos, descubrió de tal modo los vicios de que adolecia la sinagoga, que ésta se reunió y determinó que se le echase mano, para que no progresase más en su conquista aquel hombre extraordinario. Tomadas todas las precauciones necesarias, al fin fué apresado.

La noche iba á cumplir su primer período; el preso es presentado al sacerdocio, es interrogado, es insultado descomedidamente, y fatigados los pontífices y fariseos

de la tarea empezada, alegres por haber dado su primer paso con tanto acierto, gozosos de ver qué poco duraria aquel Hombre contra quien tanto ódio tenian concebido, se retiran á sus hogares, mandando á sus esbirros que sobrecarguen de hierros al cautivo y lo encierren en dura mazmorra. Así se hizo: el prisionero fué vendado con trapos viles; sus manos fueron esposadas con acero; una argolla inhumana fué ajustada á su cuello; fuertes grillos amarraron sus piés, y encerrados éstos en pesado cepo, una cadena rodeaba su cintura y la sujetaba al muro; ciérrase la puerta de bronce, y echados los cerrojos, queda la cárcel en el más profundo silencio; toda Jerusalem reposa, y sólo es interrumpida su quietud nocturna por los alertas de los centinelas romanos. No interrumpamos nosotros el reposo universal; estemos á la mira; dejemos que se retiren todos los satélites de justicia; pero entre tanto hagamos un acto de adoracion al Sér divino, cantando sus divinas alabanzas.

PARA LA SEGUNDA SETENA DE LOS DESAGRAVIOS.

En medio del profundo reposo que tiene embargados á los hijos de Jerusalem, vamos á tentar una llegada hasta el vestíbulo de la cárcel: preguntemos al mismo prisionero quién es, por qué ha sido encarcelado, y cuáles son sus delitos; llenemos lo que falta para el cumplimiento de la semejanza entre el profeta Jeremías y su prototipo. Aquél, en medio de su encarcelamiento triste, fué mandado visitar por el Rey impío que lo encarcelára, y por su orden se le llevó agua y pan. A éste no se le dió otro lenitivo en su prision que los hierros duros, los hedores y la fetidez, aromas indígenas en los subterráneos y en las cárceles.

Entrad, pues, almas justas, entrad en espíritu en Jerusalem: no temais á los centinelas nocturnos, aunque

os hieran, aunque os roben vuestros mantos; preguntadles dónde está ese prisionero desventurado, que, si lo hallais, si lo hablais, si lo consolais, sereis felices.

Hémos, pues, cerca de Él. Ahí está. ¡Oh! ¡Qué aspecto tan lúgubre presenta! ¡Qué tristeza tan profunda oprime su espíritu! Sin duda está meditando en las acciones de su vida para ver si encuentra alguna que sea criminal y digna de la posición que ocupa. ¡Permitid, hombre desafortunado, permitid que os dirijamos la palabra! ¿Quién sois? ¿Qué crimen habeis cometido? ¿Por qué os han apresado? ¿Cuál pensais será el resultado de vuestro encarcelamiento? Hablad, dadnos este consuelo.

«Yo soy Hijo de una Virgen: nací en un pobre establo; viví desconocido, y los hombres me creían hijo de un pobre artesano; tres años há que estoy enseñando á adorar á Dios en espíritu y verdad. Mi Padre es el Eterno, el Criador de cielos y tierra, el que gobierna el mundo con su mano pródiga y omnipotente. Yo soy su Hijo, esplendor de su gloria, figura de su sustancia; yo mantengo todas las cosas con mi fuerza y virtud: la eternidad es mi origen, la eternidad mi duración. Yo soy el Verbo divino, yo el que crié al hombre; yo formé con mi mano al pueblo de Abraham; yo el que le prometí que nacería de su descendencia; yo salvé á sus hijos del yugo egipcio y los introduje en la tierra de promisión; yo les di países, naciones, tesoros, hacienda, victorias, lauros y gloria; yo les concedí Reyes sábios y justos, profetas fieles, mujeres heroicas; yo los defendí del rey de Babilonia y del Asirio, los mantuve en sus dominios contra los ataques de los capitanes más célebres, les inspiré la erección de un templo el más augusto y maravilloso que hubo jamás. Era este pueblo mi herencia: quise que todos los demás gozasen de la misma dicha, y, para lograrlo, bajé del seno de mi Padre, tomé la naturaleza humana, me hice semejante á los demás hombres. He predicado la paz y la jus-

ticia, he sanado los enfermos, he resucitado muertos, he vindicado la honra de mi Padre, y ahora voy á sufrir cuanto quieran hacerme padecer mis enemigos. ¡Crímenes! He pedido á mis contrarios que me echasen en cara cualquier pecado que supiesen de mí, y nadie ha encontrado el más leve. Me han apresado, porque me odian, y saldré de esta cárcel para caminar al suplicio y morir en un madero.»

¡Sér divino! ¡Tú el Hijo de Dios! ¡Tú el deseado de las naciones! ¡Tú el esperado de todos los pueblos! ¡Tú el anunciado por cuatro mil años en todos los oráculos y profecías! ¡Tú el Verbo divino, por quien se hicieron todas las cosas, consubstancial al Padre y figura de su sustancia! ¡Tú el que existes desde la eternidad, Dios de Dios, luz de luz! ¿Cómo, pues, te hallas en lugar tan ignominioso? ¿Cómo esas manos que han fabricado los cielos están atadas? ¿Cómo el Rey de los siglos tiene la actitud de un esclavo vil? ¿Por qué te han aprisionado los hombres?

«¡Ah! Estas cadenas que me abruman no son más que un símbolo de otra carga más pesada; soy Dios, mas ahora tengo en mí todas las abominaciones de la tierra; los pecadores han cargado mi espalda con sus crímenes; sus propias maldades son los verdugos de mi cuerpo y alma; soy la inocencia y justicia por esencia. No intentéis darme alivio en mis prisiones; saldré de este subterráneo conducido por los verdugos para ser sentenciado á muerte; mi consuelo es morir por los mismos que van á crucificarme.»

¿Habeis oído estos acentos, católicos fervientes? Vuestro Dios viene á daros libertad, pues sois esclavos de la culpa; por eso se halla encarcelado, por eso lo abruman las cadenas. Venid, pues; adorad los cepos, los grillos, los muros y las mismas tinieblas, santificados todos con la presencia y el tacto del Salvador.

TERCERA SETENA DE LOS DESAGRAVIOS.

Ya que de los lábios del ilustre reo hemos oído su eterna generacion; ya que hemos tenido la dicha de conocerlo, sepamos cuáles son sus más íntimos pensamientos en la morada lóbrega de la cárcel. ¡Ah! Cuando lo hemos visto atravesar el Cedron y retirarse al huerto, no nos hemos detenido á contemplar sus acciones. Volvamos atrás.

Apenas fué internándose en el olivar, llamó á tres de sus más fieles discípulos, y con ellos se retiró á orar al Padre celestial; una hora de súplica no fué bastante para ablandar el cielo; otra más tampoco hizo descender sobre Él los consuelos divinos; á la tercera vino á Él un embajador del firmamento, y certificado nuevamente de los designios de su Padre, se postró en tierra, le adoró, y tanta fué la angustia de su alma, que su cuerpo desfallecido, trémulo y anonadado, brotó por todas partes un copioso sudor de sangre. Esta agonía fué el efecto de un pensamiento aterrador, pensamiento que permanece inmóvil en el alma de Jesus. Con él entró en Getsemaní, con él fué al concilio de Caifás, con él vino á la prision, con él será llevado á los tribunales civiles y religiosos, con él irá al Gólgota, y con él espirará.

¿Veis aquella actitud triste y desconsoladora del rostro de Jesus? ¿Lo veis cómo se inclina hácia la tierra, como si una meditacion profunda lo ocupase exclusivamente? Pues bien; sabed que está pensando en los pecados de la humanidad, en la responsabilidad que carga sobre Él; piensa en el fruto de su sangre que va á verter; piensa en la profanacion de su religion augusta, en los muchos trabajos que va á sufrir y en el precio de su vida, que los hombres han de desestimar y hollar.

¡Ah! ¡Qué horizonte tan nebuloso rodea el alma de Jesus

encarcelado! Todo el reinado tenebroso de la culpa se le presenta de un solo golpe de vista; la apostasía de Adan, el fratricidio de Cain, la tiranía de Nembrod, las crueldades de los Antíocos, la idolatría de toda la tierra, la dureza del pueblo escogido, todas las abominaciones de la era del crimen; se le presenta en seguida la era de la luz, oscurecida con las más negras tinieblas; cuantos Reyes impíos han de atacar su Religion, cuantos herejes la han de turbar con sus doctrinas, cuantos cismáticos han de romper su unidad, cuantos filósofos la han de procurar envolver entre los elementos de la ciencia carnal, todos se hallan alrededor de Jesus, y todos le insultan y befan, todos lo atormentan y maldicen; más ve todavía en aquel triste momento: ve su sangre derramada hasta la última gota, y pasar sobre ella pueblos, naciones, tribus y familias; unos llevan el estandarte de la sensualidad, otros el pabellon de la usura y rapacidad, otros el lema de las pasiones, y otros la enseña de la emancipacion; son gentiles, judíos, herejes y malos cristianos, y todos llevan cerviz altiva, miradas torvas, ademan furioso y paso atrevido, pues huellan, y rehuellan y menosprecian tan divino precio.

¿No era esto suficiente para concluir con el hombre más atlético? Jesus lo piensa sin cesar, y tanto peso le causan todas las iniquidades del mundo, que se olvida de los grillos, de las cadenas y esposas de acero; mas sus dos ojos están demostrando cuánta sea la afliccion interior que le oprime; se hallan tapados con velo negro y tupido, y por ellos, como por manantiales multiplicados en corto terreno, brotan muchas fuentes de agua cristalina. Jesus llora, ¿y por qué? porque los hombres malvados que no quieren recibir la luz celestial que Él les muestra, se han de ver eternamente envueltos en densas tinieblas; porque la cárcel en que Él gime no es nada, comparada con aquel calabozo eterno, en cuyo hórrido re-